

*San
Lorenzo*



San Lorenzo

Si la primera experiencia, aunque se sienta con asombro, conmoción o dicha, no supone una *toma de conciencia*, se quedará en el estadio de un simple sentimiento, o de una pulsión momentánea.

Karlfried Graf Dürckheim

Nada más colgar el teléfono empiezo a hacerme cargo de la situación. Son más de las 10 de la noche y *Juancar* no viene mañana a la norte del San Lorenzo. No ha podido aflojar el tornillo de ajuste de los crampones, al estar totalmente soldado por el óxido, desde la última vez que se los prestó a un amigo.

En la cama no hay manera de pegar ojo y se suceden las vueltas hacia un lado y el otro mientras la cabeza funciona como una olla a presión. Me sé de memoria el croquis que hace ya muchos años me dibujó un colega montañero de Miranda. ¡Cómo no me lo iba a saber! si viaja permanentemente en el mapa de carreteras de la furgoneta y es una de las hojas que aparece automáticamente cada vez que lo abro para consultar cualquier ruta.

Me sonrío mentalmente al recordar cómo Jon me aleccionaba sobre cómo andar con los crampones al entregarme este mediodía hasta 3 piolets (dos de ellos técnicos). Está claro que el Alzheimer ataca cada vez a gente más joven. Ya no se acuerda de alguna salida

que hemos hecho en invierno en la que ha habido que calzarse los pinchos. Me hubiera gustado que me acompañara -a esta hora estaría durmiendo plácidamente- pero tiene otros compromisos. Aún así, me pasa información de primera mano, ya que ¡oh casualidades! el fin de semana pasado estuvieron en la norte y las condiciones que puedo encontrarme serán similares o incluso mejores que las que tuvieron ellos.

La memoria de Jesús es prodigiosa y todavía tengo frescos los detalles que esta mañana, pausadamente, extraía de sus recuerdos de la última vez que hizo la norte, hace ya unos añitos.

Pero sigo inquieto, intranquilo. Ha llegado el momento de la verdad y no voy a poder apoyarme en la experiencia de Jon, ni repartir responsabilidades con *Juancar* y las palabras de apoyo de Jesús serán sólo eso, palabras. Me río yo de que es una subida de entrenamiento, en la que aprender, jugar con el hielo, para prepararse para proyectos más ambiciosos.

Suena el despertador y tengo la sensación de no haber pegado ojo en toda la noche. Estoy como si me hubieran dado una paliza, por lo menos mental. Vamos, condiciones ideales.

La tibia piel de Ana que duerme plácidamente a mi lado, me hace preguntarme a dónde coño voy a estas horas de la noche, a pasar frío, angustia, miedo. No lo entiendo ni yo mismo.

Tengo la secreta esperanza de oír sonar el teléfono y escuchar la voz de *Juancar* diciéndome que ha conseguido ajustar los crampones a sus botas o que le han prestado otros. Con esa ilusión me levanto y empiezo a prepararme. Pero el teléfono no suena y ya no puedo demorar más la partida, pues lo que saliendo a estas horas pueden ser unas buenas condiciones de la nieve, se pueden trocar en auténticos peligros objetivos.

Estoy loco, todos estamos locos. La primera visión de la cara norte del San Lorenzo es como una bofetada que te despierta de todas

las ensoñaciones y te sitúa en tu sitio. Parece totalmente vertical a esta hora en la que empieza a iluminarse. Por ahí no hay quien suba. El desayuno empieza a cobrar vida en mis tripas.

Sigo conduciendo hasta el aparcamiento y me bajo para comprobar el estado de la nieve. Purito pedrusco. Bien. Parece que la norte ha perdido un poco de su inclinación. Me meto a la furgoneta para acabar de preparar la mochila. Hasta cuatro piolets para elegir. Me llevo los dos técnicos de Jon. Dudo con las raquetas, pero son nuevas y hay que estrenarlas, aunque sea a la bajada. Así que a la mochila.

Subo por el borde de las pistas de esquí. Nieve dura. Cada cierto tiempo paro a recuperar el aliento y echar un ojo a la norte. Parece factible. Está totalmente cubierta de nieve. Luce esplendorosa e intimidante.

Me salgo de la pista de Colocobia para encarar la subida. Un siseo que va y viene me hace detenerme. Al mirar al suelo descubro que se acumulan miles de virutas de hielo que al caer desde arriba producen ese singular siseo. Empiezo a descubrir texturas, densidades, durezas, colores que indican diferentes tipos de nieve y hielo.

La pendiente va aumentando. No hace falta más que mirar hacia abajo. Si tengo aquí una caída me consuela pensar que estando toda la pala tapizada de nieve no me haré mucho daño o incluso lograré autodetenerme, y si no fuera así algún esquiador podría socorrerme, ya que posiblemente acabaría cerca de la pista que acabo de abandonar. Es hora de sacar el segundo piolet.

Sigo lo que parecen unas huellas que encaran la vertical del pico. Al llegar a un resalte me encuentro con que las rocas afloran. Parece que los que me precedieron tuvieron aquí un guateque (a la semana siguiente Jon me confesó que fueron ellos los de la fiesta. En aquel punto su compañero no acabó de verlo claro y optaron por escaparse hacia la derecha, a una variante de menos pendiente). Aquí la cosa está seria. Tengo que decidir si me escapo hacia la derecha y no me complico la vida, o le doy un intento al resaltillo éste.



En estos momentos me vienen a la mente las palabras de Jon: “tienes cuatro puntos de apoyo bien fijados y sólo mueves uno cada vez”. La concentración en ese movimiento, bien sea de piolet o crampón, es máxima. Hasta que ese regatón no está bien clavado en la nieve, no existe otra preocupación. Una vez bien anclado, esa extremidad, al igual que las otras tres, pasan a un segundo plano, y la atención se centra en el siguiente movimiento.

De repente ha desaparecido el resto del mundo, y la vida (pues de eso se trata) se ha reducido a lo imprescindible para seguir ganando metros. No puede decirse que sea una actividad compleja. Se trata de andar (lo llevo haciendo desde hace muchos años) o más bien de gatear pendiente arriba (lo hacía hace muchos más años todavía).

Han desaparecido las dudas. No se pueden cometer errores. Y mi *persona* sabe qué hacer para no cometer errores. Se trata de hacerlo bien. No vale el regular.

No sólo eso, ese sempiterno vértigo paralizante, esa atracción por el vacío, que te asalta a traición las entrañas cuando menos lo esperas y que hace que las piernas tomen voluntad propia bailando claqué sin poderlo controlar, es contemplado al mirar hacia abajo, como un invitado que se ha quedado en la zona de remontes, junto con el Martín con el que trato habitualmente.

Noto un cierto desapego de mi *persona*, como si no fuera yo el que está subiendo por esta pala nevada.

Estoy impresionado ante mí mismo. Me resulta desconocida, sorprendente, y liberadora en extremo, la seguridad y serenidad con que acabo de superar el resalte y me dirijo pendiente arriba. También me asombra la potenciación de mis sentidos para todo aquello que



tiene que ver directamente con la actividad que estoy realizando. Es como si pudiera percibir de una manera más clara, potente y precisa.

La pendiente se suaviza y sin previo aviso aparece el tinglado que suele llenar todas las cimas. Se ha terminado antes de lo que pensaba. Tengo la sensación de que el tiempo se ha parado ahí abajo. Todavía estoy pasmado. Me gustaría poder compartir este momento con Juancar, con Jon, con Jesús, con Ana, porque no sé si voy a ser capaz de transmitirlo cuando llegue abajo.

Toda la cima está cubierta de penitentes que dificultan el paso. Después de haber hecho toda la subida a la fría sombra, se agradece el calor y la vida que transmite el sol. Me acerco a una caseta medio derruida y picoteo algo de lo que llevo en la mochila ensimismado en lo que acaba de ocurrir.

El madrugón ha valido la pena y la soledad de la cima es el marco perfecto para escuchar lo que esta montaña me ha dicho de mí mismo.

Esta soledad se ve rota por dos esquiadores de montaña que se acercan por la arista oeste. Confirman que la arista estaba también totalmente helada y que han tenido que ponerse crampones. Tienen sus años y parecen curtidos en estas lides. Cuando me preguntan por dónde he subido y les respondo que por la norte, noto que cambia el tono con que me miran, y al no ver conmigo a nadie más, me dicen que debo tener experiencia en estos “fregados” para haber subido a todo tieso en solitario. Me río para mis adentros ya que es la primera vez que me veo en un “fregado” como éste, y por otra parte mi ego crece y engorda flotando varios metros por encima de la virgen que corona la cima del San Lorenzo. Es el mejor regalo que podían hacerle al Martín de la civilización.

Uno de ellos quiere bajar con los esquís por la escapatoria que tomaron Jon y compañía en la norte. Cuando yo estaba en el resalte, ya le estaba dando el sol, por lo que la nieve habrá transformado y los cantos puede que agarren bien. Aún así le comento que me parece



mucha pendiente para bajarla con esquís (por lo menos para mí). No parece que sea la primera vez que hace un descenso de este tipo y a pesar de que su compañero, con muchos más años, trata de hacerle desistir, parece claro que su karma para hoy llevaba escrito que toca hacer esa bajada. Nos despedimos, yo, relajado y con la íntima satisfacción del trabajo bien hecho, y ellos con la ansiedad dibujada en sus bocas. Han salido disparados. Estos son de los que llegan, tocan la cruz y salen pitando hacia abajo.

Acompañado de la gratificante sensación de haber realizado una ascensión más allá de lo que en un principio me creía capaz de hacer, me dirijo pausadamente tras sus huellas y me asomo a la salida de la canal por la que ha descendido el más joven. Las trazas indican que se ha encontrado una nieve en óptimas condiciones. Me fijo con detalle por si estuviera accidentado más abajo o algún alud lo hubiera sepultado. No veo sus huellas más abajo, pero tampoco nada que indique que algo ha ido mal.

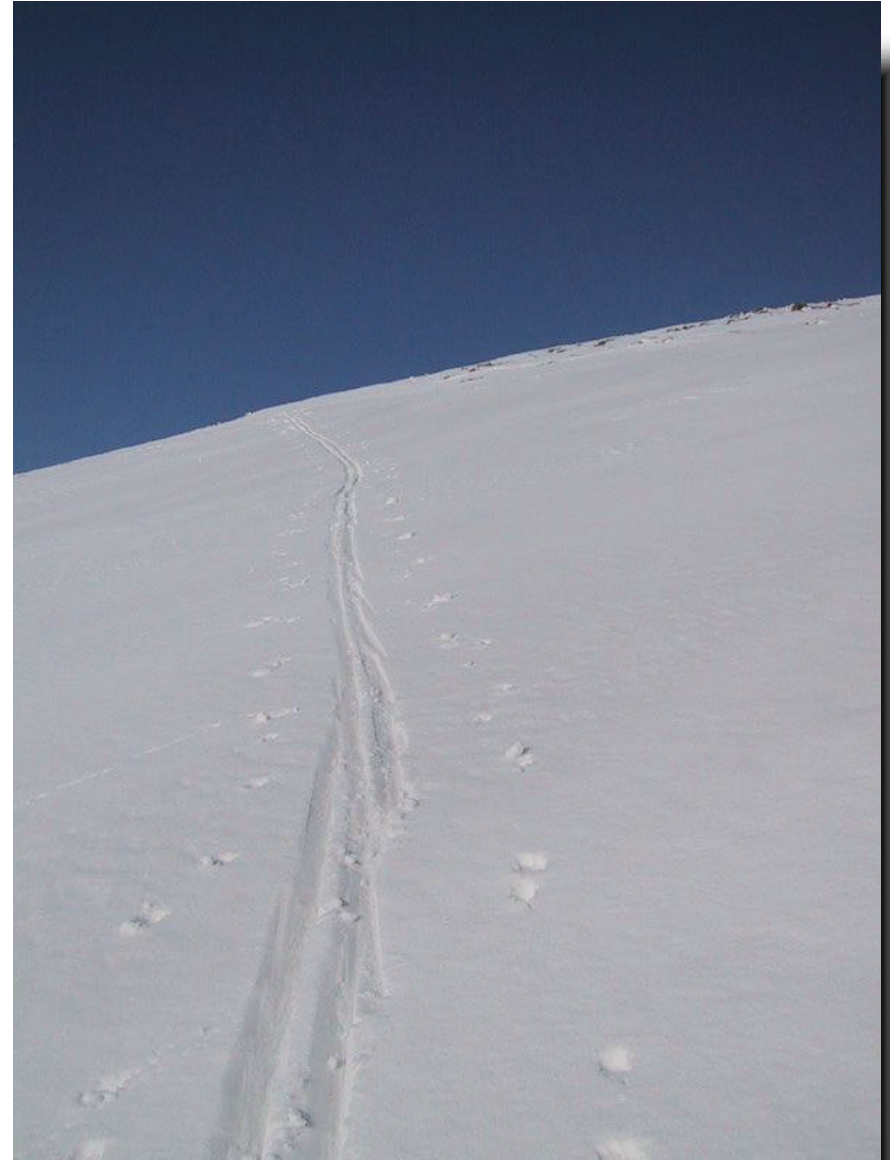
Al fijarme en mis propias huellas de subida, me parece imposible que yo haya subido por ahí. Desde donde estoy da la sensación de ser totalmente vertical. Si no estuvieran marcados mis pasos en la pared, podría pensar en este momento que todo ha sido un sueño. Estoy estupefacto.

Al llegar al punto donde el remonte de Colocobia vomita esquiadores vestidos a la última, tengo la sensación de venir de otro mundo, de otra montaña. Esta sensación se ve acentuada al quitarme los crampones y calzarme las raquetas.

Me alejo del bullicio de las pistas y compruebo lo eficaces que son las raquetas bajando a cañón hacia el parking. Al llegar al mismo, me aborda el esquiador mayor, que me he encontrado en la cima, totalmente alterado porque no ha llegado su compañero y él lleva un buen rato esperándole. No responde a las llamadas del móvil y se teme que haya ocurrido lo peor. Se va a dar aviso a la Guardia Civil. Mientras tanto me cambio y me aseó un poco. Desde dentro de la



furgoneta oigo gritos fuera. Me asomo por la ventanilla y veo al más mayor metiéndole una bronca monumental al más joven, que ya ha aparecido. Al parecer el más joven llegó a la pista de Colocobia mucho antes que el más mayor, no le vio y pensó que se había ido hacia abajo. Cuando llegó el mayor y no vio al joven estuvo esperando un rato y acabó tirando también para abajo. El joven al llegar abajo y ver que su compañero no había llegado apagó el móvil y se fue a tomar una cerveza. Para que luego digan que el móvil es muy útil en la montaña.



Son innumerables las veces que he vuelto a visitar el San Lorenzo desde ésta que relato. No fue la primera vez que estuve, pero casi, ya que la primera fue con la familia, en un día con niebla y nos dedicamos a pasear los esquís de fondo, tirarnos bolas de nieve, y tomarnos un cafetito caliente dentro de la furgoneta mientras el frío, la niebla y la noche echaba a los irreductibles que se resistían a irse.

Hasta esta ocasión no había visto la cara norte y no sabía a lo que me iba a enfrentar. Todo lo que tenía era un croquis y muchas descripciones de palabra. Casi se puede decir que desde entonces no he faltado ningún año a la cita con este monte en invierno. Con esquís de fondo, de travesía, con raquetas, con amigos, con el sobrino (buen bautismo el suyo), en solitario, por la norte, por las aristas, recorriendo cualquiera de sus múltiples pistas, con ventisca, niebla, con cielos increíblemente azules, de día, de noche... pero ni aún volviendo a subir en solitario por la norte he vuelto a sentir lo que aquí trato de transmitir, con tanta fuerza como lo viví en aquella primera ascensión.

Y cada vez que tras una curva de la carretera aparece la majestuosa cara norte del San Lorenzo, me impresiona como aquella primera vez y siento removerse algo en la boca del estómago.

